

868  
C.

JN 8179  
.C2  
Pg



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA, 27.

70318

## PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

AL EXCMO. SR. D. PEDRO DE EGAÑA.

Dedico á Vd. este libro, amigo mio, porque su nombre es para mí siempre objeto preferente de gratitud, pues casi nunca ha pasado Vd. por las esferas del poder sin darme alguna muestra de deferencia; porque, como publicista, es Vd. un atleta infatigable de la buena causa; y porque, como estadista, formando parte de gobiernos como el del simpático y popular general D. Francisco Lersundi, han dejado Vds. una memoria muy agradable en el corazon de todos los apasionados de las letras y de todos los amigos del orden y de la libertad.

Aunque yo nunca lucho por mis pasiones sino por mis ideas, debo confesar, para que se me disimule, que en mis polémicas acostumbro á ser vehementemente como un andaluz del Norte, y que algunas veces suelo poner demasiado entusiasmo al servi-



cio de mis principios. Por eso pido perdon á mis contrincantes si alguna vez les he herido más hondamente de lo que es lícito hacerlo en un torneo científico, y protesto que mi objeto nunca ha sido traspasarles (¡ay! como ellos á mí) el corazón de parte á parte, pues yo con mis epigramas, no siempre intencionales, á lo más á que he aspirado es á afearlos un poco el rostro, como aconsejaba César que se hiciese con los pulcros soldados de Pompeyo.

¡Cuánto siento, Dios mío, haberme visto obligado á reunir esta colección de artículos, escritos la mayor parte de ellos sin meditacion! Pero los hombres de partido no nos podemos detener á la orilla del torrente, porque la corriente suele ser rápida, y nos arrastra inevitablemente. Una de las razones principales que he tenido para formar esta colección de artículos, es la de que ya han sido en parte coleccionados fuera de España, y particularmente en algunas de las repúblicas de América. ¡Cómo ha de ser! Ya que estos engendros de escitaciones, la mayor parte pasajeras, han sido sacados por otros del olvido á que yo los había condenado, que corran bajo mi única y exclusiva responsabilidad, aun á riesgo de exaltar la bilis sanguinaria de muchos futuros Neronés de escalera abajo. ¡Los tiranuelos! Algunos son tan feroces, que ya han empezado por ponerme mala cara; pero yo, como á todo el que por cuestiones políticas se enfada conmigo, les concedo todo el tiempo que necesiten para darles lugar á que se desenfaden.

Puesto que yo no soy ambicioso, tal vez seria

mejor para mí no ser tan batallador, y no esponerme acaso á las venganzas de esos géneos de las atrocidades venideras. Pero ¡por Santiago! que tengo más afición á ser en mi partido porta-estandarte que rezagado.

Yo bien sé que es mucho más cómodo ser hombre político como ciertas prohibidades sin calor, que, haciéndose los muertos en los días herodianos, se refugian en nuestros osarios políticos, y esperan á resucitar al primer toque de gloria, contentándose entretanto con ayudar al triunfo de la virtud con ascensiones de corazón tácitas. Esta prudencia cobarde es indigna de mi carácter. Antes que hacer el Job político sumido en el lodazal del desaliento, prefiero estar expuesto á los tiros de cierta personajería vulgar, cuya táctica consiste en mandar hacer fuego apuntando á la honra de sus enemigos. Y si nos atacan por ese lado, ¿qué importa? Los hombres públicos deben á su patria hasta el sacrificio de su descrédito. Animo, pues, y paguemos nosotros los gastos de la guerra. Dios sólo abandona á los que se abandonan. De todos modos, las comunidades de los partidos casi todas se componen de legos, y aunque ciertos corazones en estado fósil, cuando llega el día de la eleccion, palpitan por ser guardianes, salgamos nosotros á pelear de noche y de día, hasta por aquellos mismos que son más valientes de día que de noche, y dejémoslos en paz resolviendo el problema de los filósofos chinos que creen, y acaso tienen razon, que las ostras cojen las perlas *bostezando*.

Nada, nada; ya que hay tantos adaladores de la



buena fortuna, que tenga algun cortesano la desgracia; y antes que lleguen, que podrán llegar, esas épocas de opresora licencia, en las cuales todos hacen lo que ninguno quisiera hacer, probemos que la libertad sólo es querida por algunos por lo que tiene de licencia; que lo que hoy se llama pueblo se podrá convertir mañana en una horda de sicarios; que la plebe siempre es la proclamadora de todas las tiranías; y que no hay ilusion más deplorable que esa esperanza fundada en el trascendentalismo científico que se vá haciendo moda atribuir á la democracia. Estoy ya aburrido de oír que el partido democrático, cansado de luchar como las fieras, busca su fuerza en la razon, y está elaborando un sistema filosófico que, elevándole á la altura de secta científica, acabará por hacerse respetar hasta por la benignidad de sus ideas. ¡Bah! ¡bah! esta es una reputacion tan usurpada como la astúcia que dicen que tienen las estúpidas serpientes. El día que el partido democrático hable doctrinalmente, y deje de inficionar el aire con átomos de envidia, de desprecio, de ódio y de cólera, aquel día, el espanto que produce acabará por convertirse en risa, ó mejor dicho, en irrisia, pues entonces los demócratas serán la imágen de las tortugas, que, segun dicen ciertos naturalistas, siempre están en camino del Océano, aunque nunca llegan.

Y presumo que el reinado de la democracia nunca llegará; porque yo no soy de los que creen que las revoluciones son inevitables, como aseguran todos los necios que tienen miedo; porque sé que las verdaderas revoluciones las hacen sólo los

filósofos, y que los políticos no promueven más que los motines, así como ciertos pescadores revuelven los estanques para pescar mejor en ellos. Yo creo en la incontrastable fuerza de la autoridad, cuando está fundada sobre todo lo bien establecido, que ama siempre el orden, y cuando es la expresion de la opinion pública, opinion que no suee consistir en ese vaho compuesto de los alientos de los mal avenidos, de los perezosos, de los tontos y de los malvados. Pero no basta sólo que se sostenga el orden en los hechos; es necesario tambien no permitir que se introduzca el desorden en las ideas. Poco me importa que me deis un orden varsoviano, si me lo dais fundado sobre una anarquía mansa. No me basta que me entregueis á todos los locos por ignorancia metidos en una camisa de fuerza; despues de bien atados, necesito para seguridad de su porvenir y del mio, enseñarles además el *a-be-cé* de la moral pública y privada, y reformarles por completo ese diccionario de despropósitos políticos que hayan podido aprender en los Orientes grandes y pequeños, y en el cual se llama *patriotismo*, al *patrioterismo*; *humanidad*, á las *degollinas*; *bienestar general*, al *trastorno universal*; *moderado*, á todo lo que no es *febril*; *popularidad*, al *escándalo*; *expropiacion*, al *robo*; *republica*, al *terror público*; *socialismo*, al *pillaje gubernamental*; *fraternidad*, á la *humillacion* de los grandes; doctrina *evangélica*, á la *decapitacion* de los ricos; y cuyas absurdas definiciones despierdan en los populachos, al soplo de una agitacion sin objeto, el vértigo de un desorden culpable, una



voluptuosidad que los arrastra al caos, y una sed inextinguible de sangre.

Digan lo que quieran los egoistas, nunca ha sido tan necesario como ahora famigar la atmósfera con esencias de moralidad política, para desinfectar el mundo de las inteligencias de un cierto cólera populachero que todo lo invade, y que, cambiando las bases del derecho tradicional, vá formando hasta *reyes de resello*, que creen que son unos grandes revolucionarios siendo sólo unos intrigantes; que aspiran, sin avergonzarse, á la bajeza de la popularidad; que aprendiendo casi á rugir para hablar con las muchedumbres, esparcen la doctrina de que los reyes constitucionales deben ser sólo unas estatuas *que andan*, siendo así que semejantes liberales hechos á escape, son, en la esencia, de la misma madera que aquel rey de Dinamarca, que eligió una de sus botas para presidir unas Cámaras. Nadie sabe lo que me repugnan estos ángeles fascinados por el demonio; estas testas mal coronadas, que de reyes verdaderos, se quieren convertir en comisionados reales, ó más bien, en reyes en comision; que son los autores de esa ingeniosa invencion, que consiste en evitar las revoluciones organizándolas; que comercian con libertades de alquiler y que contrabandean con las nacionalidades de los pueblos. Reneguemos de esos Príncipes que gobiernan como se conspira, y cuyas Cortes más bien parecen unas lógias que unos centros de cortesanía y de cultura; y mientras las tormentas de la democrácia desgajan todas las eminencias, hasta las democráticas; y mientras desapare-

ce del mundo la cómoda moral de esos augustos Duguesclines que «no quitando ni poniendo rey, ayudan á su señor,» sigamos nosotros pacientemente proclamando las reglas de moral que, con los intervalos de siempre, han sido el norte de la humanidad desde el principio del mundo; y en tanto que vuelven á desaparecer tantos héroes de tramoya, y tantos príncipes de aluvion, y arroja el mar de nuevo á la playa los restos tradicionales de los naufragios hechos durante la tempestad, hagamos nosotros votos por la eternidad de aquellas monarquías, que, como la monarquía española, son las eternas amigas del progreso y de la libertad.

CAMPOAMOR.

*Madrid 22 de Mayo de 1861.*